

# Encandilada como una perdiz

**Segundo Premio Cuento Breve**  
Categoría Socios (año 1999)  
**Autor: Dr. Pablo Scasso Rossi**  
Seudónimo: "Siedemar"

Al fin de cuentas me sentía molesto. Quizás tanto como lo había estado con Ibáñez. No sé cuántas veces habrá sonado el teléfono. Hasta ese preciso instante Sara se encontraba frente a mí. Vestía una especie de kimono color crema y me llamaba con la mano. Entonces me desperté. Sara volvió a dejarme solo, en esta ocasión en la oscuridad del cuarto médico, con dos plumadas sobre los párpados y un vacío tibio que desde la espalda me tiraba hacia atrás. Los números rojos del despertador electrónico mostraban las 3.22. Mala hora, si es que hay alguna buena. "Doctor Corbo, un llamado. Baje... por favor" –había pedido una voz de mujer que no logré reconocer pero que sentí cargada de sorna. A esa hora, un caramelo ácido no le cae bien a nadie. Me senté en la cama lo mejor que pude. A tuestas busqué la ropa. Un hilo de luz se colaba bajo la puerta que daba al ascensor. Mientras Ramón calentaba la diesel, yo tendría unos minutos para entrar en contacto con el mundo.

No había dudas que aquella jornada empezaba mal. ¿Qué es, Ramón? –le pregunté al chofer antes de entrar a la camioneta mientras me protegía del viento arrachado tras la garita telefónica de la esquina. "Acá dice 'abdomen agudo'. Nada más" –respondió Ramón al tiempo que subía el vidrio y prendía el foco rojo del techo que empezó a parpadear en la pared de la panadería y luego el árbol se encendió y más tarde se perdió detrás de nosotros.

Mis amigos dicen que soy un hombre concreto, demasiado concreto. Yo me defiando y les digo que no es así, que soy un hombre eminentemente práctico. Quiero que todo sea claro y directo. Quizás por eso me gusta la caza. Allí uno está solo y en silencio. La presa puede ver, oler o escuchar nuestra presencia. Nosotros no. Durante ese momento los dos caminamos cerca del



Premio Fondo de Solidaridad Social (año 2000)  
Tema libre. Obra: Creación. Autor: Dr. Pablo García Hernández

fuego. Quizás también por eso, siempre que puedo, elijo las urgencias y huyo de historias parecidas a la de Ibáñez o lo sucedido aquella noche.

Cuando llegamos, dudé que esa fuera la dirección indicada. Ninguna luz, nadie que esperara la ambulancia como suelen hacer los familiares del paciente en los casos realmente urgentes. Nada de eso. Toqué el timbre y esperé más que de costumbre. Pasó un rato antes que el chirrido de la puerta anunciara que unos ojos temerosos me escrutaban desde la hendidura. Dudaban entre preguntarme quién era y dejarme pasar. Cuando la vieja abrió más, una ráfaga de viento desalojó parte del olor húmedo a vaho de eucalipto amontonado en la antesala.

Parecía tan indefensa como una perdiz encandilada por un foco en una noche de campo. "¿Qué quiere?" –preguntó y entonces vio la ambulancia: "¡Ah, sí! Pase". Sus dientes se mostraron breves y demasiado parejos, sus labios pintados sin mirarse al espejo. Enseguida sacudió las manos como si alguien le hubiera pedido que se las secara al aire. "Venga, pase doctor. Lo llamé por Jean Paul. Sí, claro... por Jean Paul". Un buzo marrón, apolillado sin clemencia, le cubría

la espalda y luego el camisón rosa se abultaba hacia las caderas y caía hasta los tobillos. Los zapatones de lana la volvían silenciosa y suave como una nube que debía seguir. Mientras caminaba tras la perdiz –tal vez porque también era un pajarraco– por mi cabeza se cruzó la silueta del estúpido del vecino mirando hacia nuestra casa. En un sillón de inválido, como una estatua tras la ventana, por ese entonces Ibáñez nos vigilaba. Si bien la relación con Sara no era fácil, mucho menos lo era con esa mirada intrusa constantemente indagando nuestra novel convivencia. A pesar de los reproches de mi novia, comencé por aceptar cada guardia que me ofrecían. No tenía otra salida: la vida estaba fuera de mi casa.

"Jean Paul" –llamó de repente la vieja hacia el cuarto. "El doctor vino a verte. Entre doctor. ¡Pobre, con todo lo que pasó... ¡Por favor, hable con él" –me dijo y yo dirigí la mirada hacia la cama de matrimonio abierta de un solo lado.

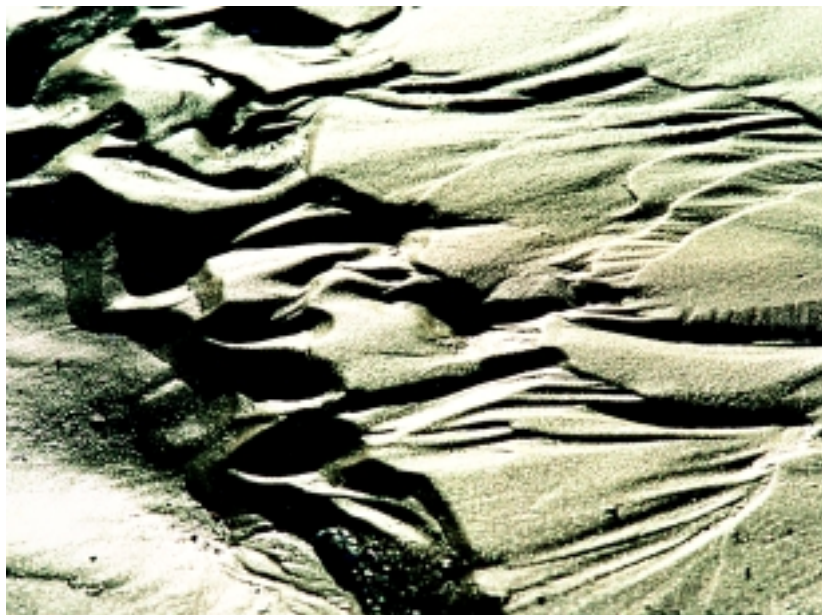
Una mañana, al llegar de la guardia, sobre la mesa encontré un papel escrito con los trazos firmes de Sara: "No vayas a buscarme. Hasta nunca". Finalmente, Ibáñez se había salido con la suya.

“Jean Paul, contesta al doctor”. Pero señora..., recuerdo que comencé a decir mientras me fijaba en aquella manta a cuadros marrones tan meticulosamente doblada sobre la cama, no hay nadie, en el cuarto no hay nadie. Entonces movió la cabeza con la rapidez de alguien que escucha su nombre en una charla entre desconocidos. Aquel movimiento no se correspondía con la persona que me había conducido hasta el dormitorio. Al cuello sólo le hacían falta algunas pequeñas plumas. Sólo eso. No hay nadie, repetí y quedé esperando alguna respuesta que ordenara mis ideas de casi los cuatro de la mañana. Con su mano derecha en la solapa del camisón, pareció abrigarse. Miró hacia la puerta del baño y volvió a llamarlo. Aquel nombre salió despacio de su

boca, y las palabras quedaron suspendidas como el polvo en la claridad de una ventana. Sentí que algo imperceptible se quebraba en ese instante. “Este Jean Paul...” –volvió a decir al tiempo que se pasaba un dedo lento y triste sobre las venitas azules de un párpado, “... a veces se esconde. Sabe, mi esposo es francés, hace tiempo que está enfermo... muy enfermo. Estuvo un mes en el CTI” –dijo acompañando cada palabra con un movimiento de cabeza. Encandilada, por unos segundos se quedó mirando el vacío. La pintura de labios se le había corrido hacia una mejilla y parecía que siempre sonriera o pidiera disculpas. Al salir del sopor, cuando se dirigía hacia el cuarto de baño buscando a su Jean Paul, trastabilló en la alfombra. Entonces me di cuenta que había perdido

demasiado tiempo. Debía salir de allí lo antes posible. Yo no podía hacer nada por ella. Si hubiese sido una perdiz, quizás solo así hubiera podido ayudarla.

Con una expresión ida, dando pequeños pasos, la vieja fue hasta la cómoda y de entre unos jarroncitos y fotos enmarcadas –en una había un hombre de sombrero blanco y sonrisa amplia– trajo un montón de papeles que me entregó con la delicadeza con que se dan copas de cristal o algo que se pueda romper. “Tome, aquí tiene sus papeles, doctor. Es todo lo que me queda de Jean Paul”. Bajo un recibo y varias anotaciones con datos clínicos había una hoja de papel doblada en cuatro. Era un resumen sobre los días de internación y posterior muerte de Jean Paul Villiers. De eso hacía casi dos meses.



Gran Premio Fotografía SMU (año 1999)  
Tema libre. Obra: Sin Título  
(premio compartido con la obra 2 del mismo autor)  
Autor: Dra. Ana María Figueroa



Gran Premio Fotografía SMU (año 1999)  
Tema libre. Obra: Sin Título  
(premio compartido con la obra 1 del mismo autor)  
Autor: Dra. Ana María Figueroa